El P. Gracián añade por su parte: «Nuestra Beata Teresa no fué en su tiempo fea de rostro; que, aunque algunos retratos suyos, que andan por ahí, no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años. Y yo, por mortificarla (siendo su Prelado) mandé que la retratase un fraile lego, llamado Fr. Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo pinturas, y no era muy buen pintor; que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratara nadie (1). Tenía hermosísima condición, tan apacible y agradable, que á todos los que la comunicaban y trataban con ella, llevaba tras sí, y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables, que suelen tener algunos *santos crudos*, con que se hacen á sí mismos y á la perfección aborrecibles» (2).

(1) Cuéntase que la Santa al ver su retrato dijo con mucha gracía: *Dios te lo perdone, Fr. Juan; que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.* Dicho retrato original consérvase en las Carmelitas Descalzas de Valladolid. El Sr. Herrero apunta en el Prólogo á su obra ya citada del Camino de Perfección, las razones que le mueven á creer sea el de Valladolid el lienzo pintado por el bendito Fr. Juan de la Miseria.

(2) Escrit. de S. Ter. t. I. p. 374.

LIBRO TERCERO.

Llegóse por fin el tiempo de recoger el fruto de la virtud por tantos años practicada, y la Santa engolfada en el inmenso piélago de la hermosura y de la gloria, goza del sumo bien apetecido, sin peligro de nunca perderle. Hasta ahora la hemos visto ocupada en aquilatar las virtudes adquiridas, y en mirar solícita y sin descanso por las cosas del servicio de Dios y bien de las almas. Con la ayuda poderosa de lo alto consiguió ver fundados diez y seis conventos de monjas y catorce de religiosos. Ella fué el alma y vida de la Descalcez Carmelitana; y con fe viva, y celo ardiente y constancia á toda prueba, dió cima á la grandiosa obra de la Reforma. De esta Reforma, plantel de almas esforzadas y generosas, diametralmente opuesta á la que el apóstata Lutero y sus secuaces se empeñaban en estender por Europa, brotarán infinidad de vírgenes para con su oración y penitencia, servir de sostén y aliento á los que en la Iglesia Militante se emplean en ganar almas por medio de la predicación y enseñanzas de las buenas doctrinas.

Mientras la Madre Teresa permaneció en este mundo, sirviendo de instrumento á los designios del Altísi-

mo, aunque muchos la reverenciaron como á santa, tuviéronla otras por hipócrita y monja ilusa. Entra ahora en los fines de la Divina Providencia el hacer que sus heróicas virtudes se hagan á todos manifiestas. Para esto obrará el Señor por mediación de su Sierva estupendos milagros. Tras ellos tendrá lugar su beatificación y canonización, y colocada ya en los Altares, será para siempre objeto de amor y veneración para los fieles cristianos, y en especial para nuestra patria España.

La Mística Doctora no solo dejó ejemplos de rara virtud é insigne santidad, sino que también legó á la posteridad libros llenos de doctrina celestial, que mueven al que los lee á abrazar el camino del bien, y en los cuales vemos retratado aquel corazón abrasado en amor de Dios.

De los milagros de la Santa, de su beatificación, canonización y admirables escritos, diremos en este tercer libro.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo quedó el cuerpo de la Santa después de muerto.—Maravillosa fragancia que despedía.—Prodigiosas curaciones que tuvieron lugar antes de ser enterrado.—Cómo colocaron los sagrados restos al pié del arco del coro bajo.—Refiérense dos apariciones de la Santa.—Perciben las religiosas el buen olor al través de la sepultura.—Descúbrese el sepulcro en 1583, y encuéntrase el bendito cuerpo intacto é incorrupto.—Corta el P. Gracián la mano izquierda para llevarla á Avila.

Es propio de la muerte dejar feos y espantables los cuerpos que, vivos, eran el encanto y embeleso de los hombres; pero con el de nuestra Santa no sucedió así, sino que su rostro quedó hermoso en gran manera, blanco como el alabastro, terso y sin las rugas propias de la vejez; las manos trasparentes que se podía mirar en ellas como en un espejo, y tan tratables y suaves al tacto, como si todavía estuviera viva. «Todos sus miembros, dice el Obispo de Tarazona, quedaron hermoseados con manifiestas señales de la inocencia y santidad que en

ellos había conservado. Fué tan grande la fragancia del olor que salía de su santo cuerpo al tiempo que le vestían y aderezaban para enterrarle, que trascendía por toda la casa, y era de suerte que las religiosas no podían discernir á qué olor de los de acá de la tierra se pareciese, porque verdaderamente era olor del cielo. Y de rato en rato parece que venían nuevas olas con nueva suavidad y fragancia de olor, (1). Y era tanta la fuerza y demasía de él, que fué necesario abrir las ventanas para poderlo sufrir. Quedó este olor no solo en toda la enfermería, cama, ropa y vestiduras de la Santa madre, sino en todas las demás

(1) Nos recuerdan con placer estas líneas el maravilloso olor que en 13 de Noviembre de 1881 percibióse en el oratorio del Colegio donde escribo, con motivo de la exhumación y reconocimiento de los venerables restos del Beato Alonso de Orozco. Como me encontré presente á dicho acto puedo asegurar con verdad que sucedió exactamente lo que. mejor que yo, sabrá decir el Ilmo. P. Cámara, en la por todos conceptos excelente *Vida*, que de nuestro Beato tiene publicada. Y entonces ocurrió, escribe, que apenas se dieron dos ó tres golpes en el tabique que cubría el sepulcro, se esparció por el Oratorio exquisito é inexplicable olor que crecía á medida que se derrivaban los ladrillos. Era la fragancia muy suave, percibíase á manera de ráfagas, y no continuamente; durando todo el tiempo, que fué largo, del reconocimiento y examen de los venerables restos. Desempeñé en este acto el oficio de Vice-Postulador, y primero junto al sepulcro, todo conmovido al experimentar tan grata sensación, exclamé—¡Señores, huele! y varias otras veces observé lo propio, yendo y viniendo de una parte á otra á las ordenes del Señor Vicario Capitular, para extraer unas ú otras reliquias; sobre todo al acercarme á la caja y estar encima de los venerables restos, me parecían vasos de esencias según el aroma fragante que despedían. En general, lo percibieron todos los circunstantes que, además de cien religiosos, serían otras tantas personas eclesiásticas, seglares y de todas categorías. El Sr. Provisor examinó á los facultativos y otros testigos sobre esta circunstancia, y, averiguada su existencia, hízola notar en los documentos oficiales.„ (*)

(*) *Vida y Escritos del Beato Alonso de Orozco*, p. 564 y 565.

cosas que ella, estando enferma, tocó, como los platos, y aun el agua con que se lavaba» (1).

Permaneció el cuerpo de la Santa desde las nueve de la noche, en que murió, hasta la hora de misa mayor del día siguiente, acompañada de las religiosas que entre lágrimas y suspiros le besaban y abrazaban, doliéndose por una parte de verse privadas de tan buena Madre en la tierra, mientras que por otra se alegraban, teniendo por cierto gozaba de Dios en la gloria, desde donde no dejaría de atender á las necesidades de sus amadas hijas. Hallábase entre ellas Catalina Bautista, la cual, como tuviese perdido el sentido del olfato, andaba desconsolada, por no poder percibir como las demás la fragancia que el santo cuerpo despedía. Acercóse con gran devoción á los piés, y en habiéndolos besado, no sólo tuvo la dicha de experimentar el mismo deleitoso olor que sus hermanas, sino que adquirió desde entonces el sentido del olfato que le faltaba, conservándole después por toda la vida. Otra religiosa, que había mucho tiempo padecía crueles dolores en un ojo, no bien hubo besado los piés de la Santa, cuando al punto quedó sana, y á voces comenzó á publicar el beneficio recibido del Señor por mediación de su Sierva.

Los vestidos y cuanto en vida había usado la Madre Teresa, buscábanse con diligencia, deseando cada cual poseer alguna reliquia. Al tiempo de verificarse el entierro, Doña Bernardina de Toledo, hermana de la Duquesa de Alba, estaba muy enferma con calentura que no le faltaba hacía dos meses. Pidió con instancia la proporcionaran alguna cosa de la Santa, y como la llevase un jubón, que ésta había gastado, besóle con mucha reverencia, y se le vistió confiando alcanzar la

(1) Vida de S. Ter. t. I p. 478.

salud. No salieron fallidas sus esperanzas, pues así que se le hubo puesto, vínole un sudor tan saludable, que vióse al instante sin calentura y libre de la enfermedad.

Asistieron al entierro el Obispo de la Diócesis, el Duque de Huescar y muchos religiosos y caballeros que, avisados de la muerte de la Santa Fundadora, acudieron de la cercana ciudad de Salamanca. Depositaron el santo cuerpo, durante la celebración de los exequias, en unas andas cubiertas con paño de brocado, teniendo así cumplimiento lo que la misma había predicho en aquella maravillosa visión que tuvo cuando, recién profesa, dábanla ya por muerta.

Los sencillos vecinos de Alba, teníanse por dichosos de poder besar los hábitos de la Santa; y á fin de que así las de dentro, como los de fuera pudieran gozar de la vista del sepulcro, fabricáronle en el hueco de un arco del coro bajo que con sus rejas daba á la iglesia. Puesto el bendito cuerpo en ordinario ataud, y colocado en dicho sepulcro, cargaron sobre él tal mole de materiales, que llegó á quebrarse, entrándose mucha tierra, que más tarde sirvió para mejor confirmar el milagro de la incorrupción. La causa de poner encima tantos ladrillos y piedras fué Teresa de Laiz, fundadora de aquel convento, que, incitada por las religiosas, quería asegurar de esta manera el inapreciable tesoro, temerosa de que se le arrebatesen.

Muchas son las apariciones que la Santa ha hecho después de muerta, ya con el fin de aconsejar y consolar á algunos que lo habían menester, ya también para reprender á otros. Y porque nos alargaríamos demasiado refiriéndolas todas, tan solo traeremos la que hizo á la V. Ana de Jesús, Priora de Granada, en la misma noche de su dichoso tránsito, y otra á la M. María de S. Francisco del convento de Medina. En la deposición que aquella religiosa hizo para la canonización de la Madre Teresa, léese lo que sigue: «Yo estaba en Granada, dice, muy mala, con tan recia enfermedad, que me tenían desahuciada los médicos; y el confesor que era el Prior de los Mártires me había estado toda aquella noche esperando á que me diesen lugar los grandes parasismos que tenía, para poder recibir al Santísimo Sacramento. En dándomele pedí me dejasen sola, y al punto ví junto á la cama una monja de nuestro hábito de la misma manera que andamos, tan gloriosa y cubierta de resplandor, que no me dejaba percibir bien el rostro; más mirándola decía: yo conozco esta monja; y ella sonreíase y acercábase más: y mientras más cerca menos la podía ver, porque me lo estorbaba el grande resplandor que traía en todo el cuerpo; y más el de la frente, que de sién á sién era excesivo. Y así mirándola tenía gran estimación de nuestro estado, haciendo gran aprecio en mí misma de todas las particularidades de él. Dábame gran gana de decir á todas cuán poco era dar la vida por conservarla, y la gran gloria que nos granjeaba. Y pensando era señal esta de morirme entonces, en cesando su vista, llamé á dos monjas, las más antiguas del convento, que eran de las primeras de Ávila, la M. María de Cristo, que era Supriora y la M. Antonia del Espíritu Santo, y contéles lo que se me había ofrecido, diciendo sin duda me quería nuestro Señor llevar consigo, y por eso les digo esto para que queden muy encargadas de estimar y hacer guardar lo que tanta gloria da á Dios y á nosotras. Llámenme luego al confesor, que he menester decirle algunas cosas; y así en entrando el P. Prior, se lo conté, y hice escribiese á cierto monasterio de los nuestros, no prosiguiesen algunas devociones que habían inventado, diferentes de las que profesamos; y hízolo, diciendo los inconvenientes que yo le había dicho había en ello. Luego se